

LA POESÍA ACTUAL DEL PERÚ



Quando José María Eguren (1875-1942) irrumpe en los terrenos líricos con un simbolismo empapado de nieblas, figurines y clave misteriosa, empieza para el Perú, indudablemente, una nueva etapa poética, etapa que había de demarcar la frontera entre lo formal, clásico y pretencioso de González Prada y sobre todo de José Santos Chocano, y lo tenue, limpio y puro de lo que vendría a llamarse más tarde "nueva poesía". José María Eguren debería dar esa pauta con *Simbólicas* (1911) y *Canción de las Figuras* (1916), dos libros que sorprenderían a la crítica terca y mellada del 800 y que sólo fueron consagrándose debido a la suave pero rotunda luz—perdonando la paradoja—que su poesía trajo irremediamente. Y para formar el otro lado del encauce lírico moderno del Perú, habría de aparecer César Vallejo (1893-1938) con su insurgente y hermoso libro *Los Heraldos Negros* (1918), de pauta propia y enraizada inspiración, de nueva savia aborígen, y que lo pondría también al frente de las nuevas generaciones peruanas.

Por eso estos dos poetas dan al mundo lírico peruano el bien demarcado acento que hoy se puede encontrar en él: poetas puros y poetas con tendencia *terrina* o *regionalista*, etc., pese a que algunos críticos quieren disminuir o disimular esta última característica a la poesía de Vallejo para entroncarla a un humanismo proselitista internacional, aunque lo real y verdadero es que con el poeta de *Trilce* nace en el Perú el nuevo sentido *peruanista* o regional de la poesía, y con Eguren, el universal y ecuménico de la poesía pura, como se ha dicho.

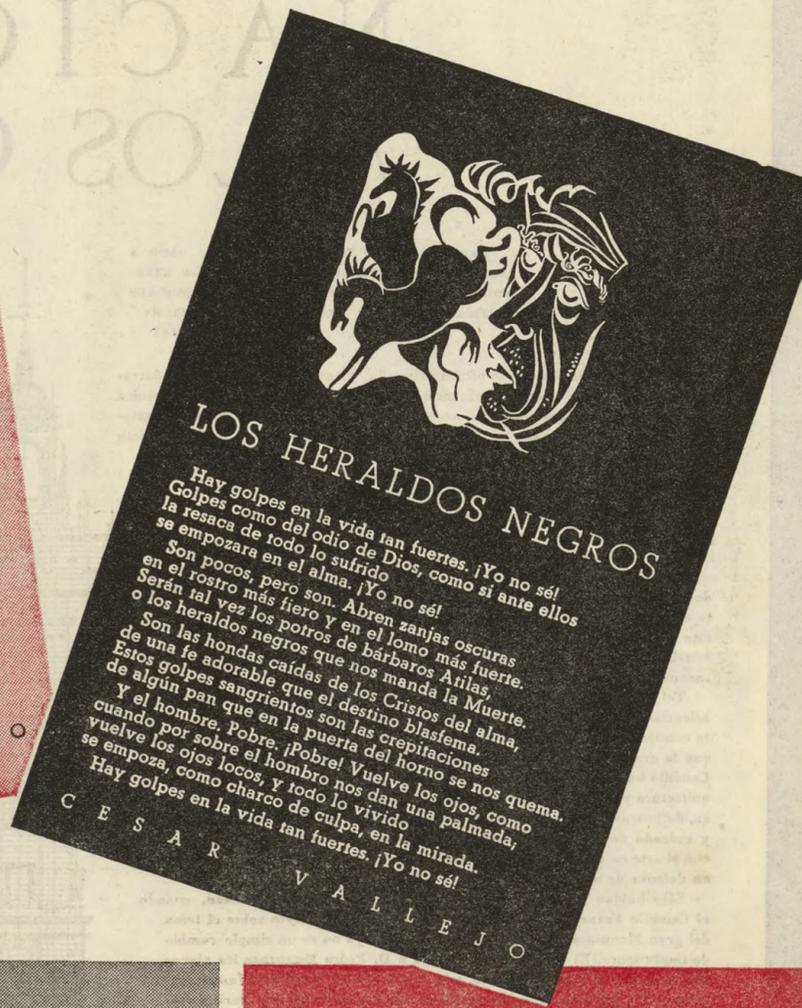
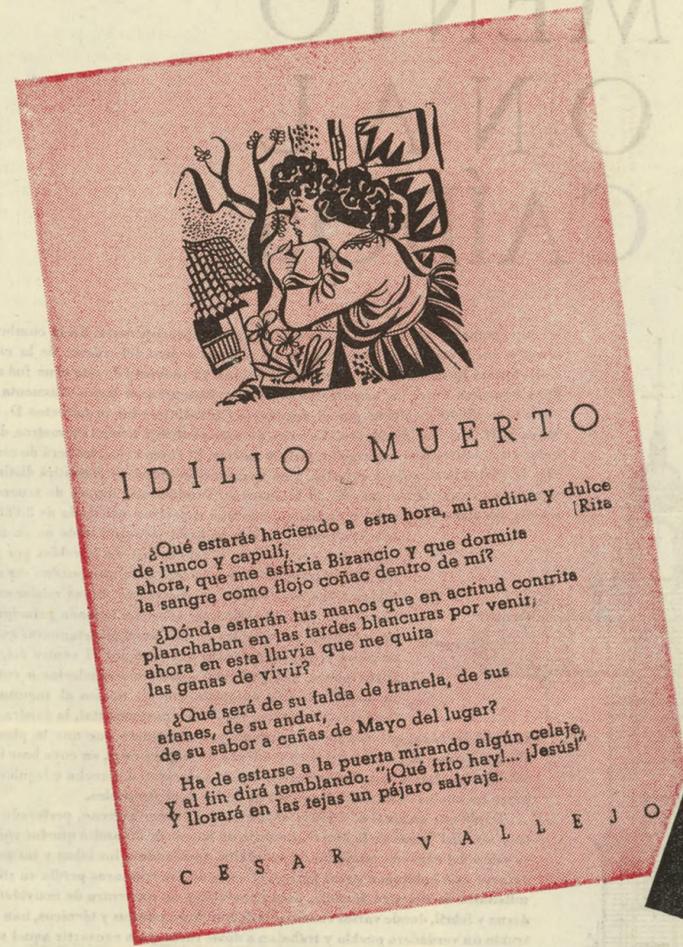
Dada la brevedad de esta nota, sólo citaremos en ella a los más destacados poetas de ambas ramas: Enrique Peña, vate laureado en los Juegos Universitarios de 1924, entra en el ámbito de los poetas puros con su hermoso poema titulado *El aroma en la sombra*, aumentando su fama y su calidad poética a medida que aparecen sus libros *Cinema de los sentidos puros* y *Elegía a Bécquer*; Martín Adán, lírico con alquitarada y suma poesía, que escribe la mejor novela juvenil: *La casa de cartón*, y cuyos mejores poemas como *Aloysius Acker* y *Los sonetos de la rosa*, estos últimos publicados por la revista "3", le han concedido un prestigioso lugar en su generación y el laurel del Premio Nacional de 1946. Emilio Adolfo Westphalen, poeta que en sus *Insulas extrañas* primero, y más tarde en su *Abolición de la Muerte*, señala las primeras y más nuevas reglas del surrealismo; junto a él podemos citar a los ya fallecidos Harry Riggs y Carlos Oquendo y Amat, este último poseedor de una fibra sensibilísima. Conforman también este grupo Javier Abril, poeta de finos alcances y difícil personalidad; Ricardo Peña Barrenechea, cuya lírica es de matices de pura estirpe y que en *Eclipse de una tarde gongorina* y *Discurso de los amantes que vuelven* instaura el romance nuevo y ágil pleno de un sutil erotismo. Pertenecen a esta misma generación el autor de la presente nota, con los libros *Tren*, *Legislación del alma* y *Códice de amor*.

Vicente Azar, cuya vena poética de muy buenos raudales sólo se ha hecho presente en un libro; Emilio Champion, con *Velero* y *Color de la noche*, y Augusto Tamayo, Carlos Cueto y Alberto Tauro, que, convocados por otros menesteres, han dejado en el campo de la poesía un sensible vacío, pues altas y valiosas eran las muchas muestras que de ella han dejado.

Posteriormente tendríamos que tratar de una generación cuyos valores y efectividades se han sobrestimado muchísimo, más que por la crítica, por ellos mismos; me refiero sin ambages al grupo de Jorge Edo, Eielson, Javier Sologuren y Sebastián Salazar, que si bien no se les puede negar una efectiva y real valía en la tabla de poesía contemporánea del Perú, al lado de Carlos Alfonso Ríos, poeta de muy propio verso, y de su hermano Luis Alberto Ríos, cuentista de efectivos méritos, han querido aquéllos sobrepasar límites de tiempo y categorías para llegar en pronta y rápida carrera a un puesto de consagración. Eielson es Premio Nacional de Poesía de 1947, cuyo otorgamiento consiguió con su poema que tituló *Canción de Rolando*; Javier Sologuren, fino y aéreo, ha editado su *Detenimientos*, y Sebastián Salazar, *Canciones del hombre oscuro*, y ensayado éste la literatura teatral con relativo éxito, así como su contemporáneo Raúl Deustua. Otra fase dentro de estas generaciones últimas es la que representa la facción de poetas autollamados *civiles* o *del pueblo*, y que comprende el sector lírico, digamos así, del Partido Aprista peruano, y cuyos poemas, elegías y odas llevan un acento singular y partidista; pertenecen entre los más sobresalientes a ella Ciro Alegría, novelista y poeta de alta fibra, y Garrido Malaver, ambos coronados; Carnero Hoke y Valcárcel, éste Premio Nacional de Poesía 1948, y algunos más.

El otro género de poesía cultivada en el Perú, ya lo hemos dicho, se orienta hacia el sentido *indigenista*, hacia el concepto aborígen del Perú indio, "cholo", de un Perú peruano. Dado este elemento, nos será fácil darnos cuenta de lo abundante de esta clase de producciones, por lo cual tenemos también que considerar sus verdaderos y reales representantes. José Varallanos, con su hermoso libro *El hombre del Ande que asesinó su esperanza*, y antes su hermano Adalberto, con bellísimos ensayos de esta índole; Alejandro Peralta con su *Ande*, y últimamente con *El Collao*, son los que prosiguen la huella del excelso César Vallejo y acen tuándose en cada uno de ellos la emoción indigenosocial. Asimismo pertenece a este grupo Guillermo Mercado, con su libro *Un chullo de poemas*, y posteriormente con *Tremos*, donde corre virgiliana y eglógica la poesía serrana y lugareña. Igual clase de poesía cultivan Luis Valle Goicoechea, pero dentro de un infantilismo y delicadeza purísima, y Luis Nieto, en los lares del Cuzco, un tanto más arrogante y combativa. Nazario Chávez sigue la misma ruta con *Parábolas del Ande* y, por último, Luis Fabio Xammar, que, desprendido de este acento y con una fresca y armoniosa voz serrana llena de paisaje nítido y erótico, construye unos romances felices y de grácil vida regional. Este exquisito y joven poeta, desgraciadamente desaparecido hace un año, dejó inédito su poemario *Alta niebla*, bello exponente de clara y auténtica poesía.

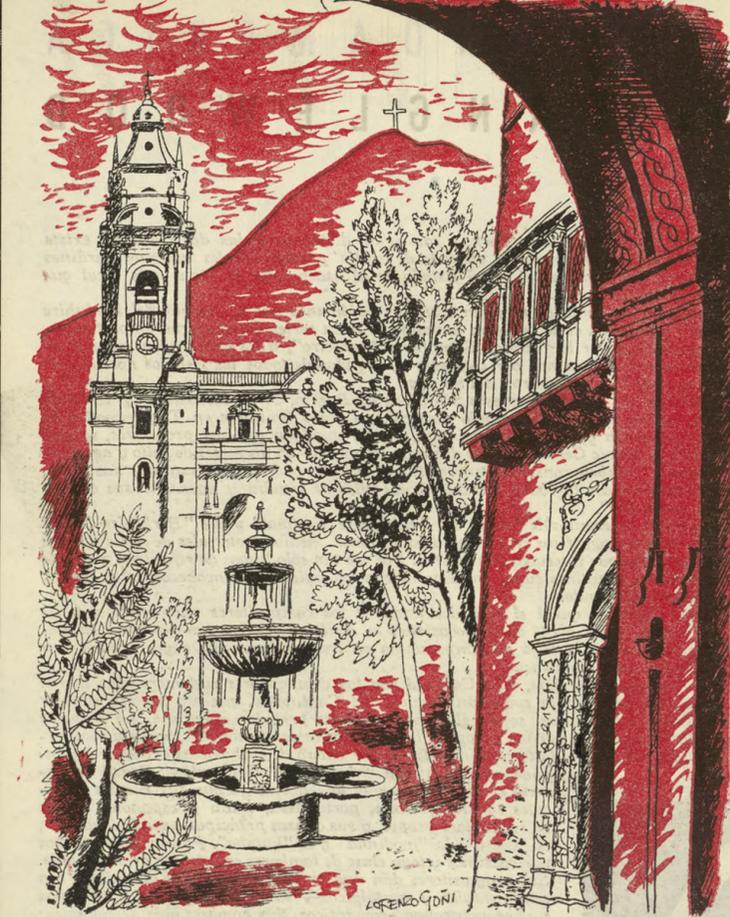
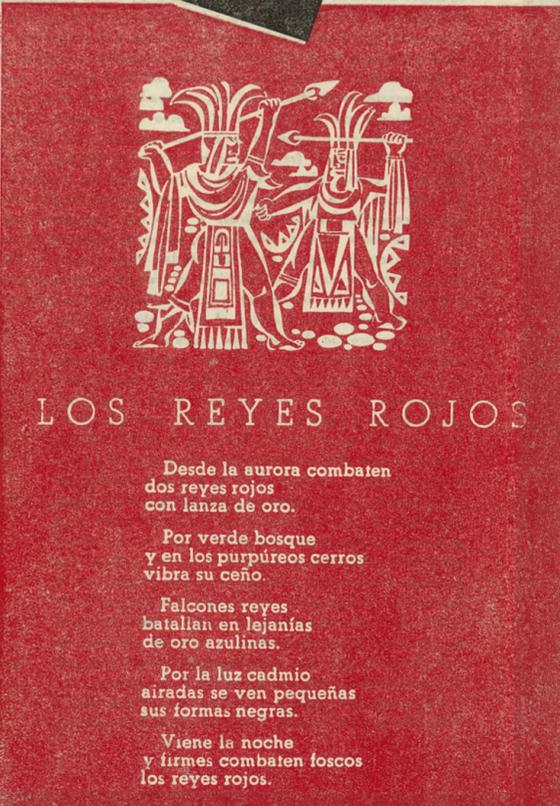
La poesía lírica en el Perú marca un elevado acento en lo que se refiere a los poetas, no se puede decir igual cosa de la poesía femenil peruana; por ello sólo señalaremos las más destacadas representantes: Pilar Laña, autora de un pequeño libro de poemas



ágiles y bellos: *Espirales*; María Teresa Llona, estremecida lírica que canta en *Celajes*, sus mejores versos; Magda Portal, poetisa dedicada ahora a la lucha política y al panfleto, es autora de un bello libro de versos: *Una esperanza y el mar...*; Rosa María Rojas y María Wiese, que cultivan con fervor y predilección, así como Catalina Recavaren, vastos motivos líricos. Puede considerarse entre estos valores femeninos peruanos a María Rosa Macedo, que si bien no ha publicado versos, en cambio ha escrito libros de bellos relatos campesinos y brillantes escenas de la costa, tales como las de los valles de Humay y Tambo Colorado, y en esta misma condición citaremos al sajara, mentalidad exquisita y anfitriónica que con su pincel brillantísimo supiera ilustrar tan magnífica como fehacientemente la poesía de ese gran poeta y delicado espíritu que fué José María Eguren.

Tal es el ligero panorama de la poesía en el Perú, fuerte y dulce, pleno de verdad y sinceridad, pues tanto en un bando como en otro se agita el problema de la poesía universal y el problema de la poesía regional. La consagración actual de algunos de sus valores, con el tiempo ha de ser seguramente ratificada o rectificada; es, sin duda, ésta una etapa por liquidarse y de la cual se espera salga el verdadero cantor de su tierra y de su raza.

JOSE ALFREDO HERNANDEZ



JOSE MARIA EGUREN

JOSE MARIA EGUREN